

Erotismos

Las playas del deseo

ANDRÉS DE LUNA

En los tiempos actuales, la playa es territorio del deseo. La ropa tiene la escasez de apenas lo indispensable, un traje de baño de una o dos piezas, una tanga brevísima, un pareo, un short, lo que venga al caso y lo demás consiste en asirse al sol, la arena, los bronceadores y las toallas. El disfrute está en ese conjunto que mucho le debe a las geografías y al ánimo que permite el goce en esos momentos de risas y juegos libertinos auspiciados por las olas.

Hace tiempo fue la moda *topless*, mujeres sin la parte superior del bikini que exhibían sus pechos, aún sin las alteraciones de los implantes. La variedad era curiosa: desde las protuberancias nacientes de muchachas apenas púberes hasta la vastedad de damas entradas en las varias décadas. Eso nada importaba, lo principal era la libertad, aparente o sugerida, que atraía por unos instantes ese entorno que de forma acelerada terminaba por neutralizarse. En una ocasión en una playa de Niza aparecieron unos jóvenes latinos; uno de ellos, venezolano, según se supo después, se colocó en un sitio estratégico para ver con

la mayor claridad posible a quienes mostraban sus pechos. El tipo fue víctima de sus propios anhelos y antes de que otra cosa sucediera tuvo una notable excitación capaz de provocar una carcajada entre la concurrencia. Franceses, europeos y público en general repudiaba la actitud provinciana de un sujeto que hizo explícito lo que era parte del *show*: descubrió su secreto. Todos veían de vez en vez, sin disimulo pero sin esa actitud que roza en el descaro franco. El venezolano tapó lo que se había abultado con una toalla y luego, un tanto ruborizado por la reacción de los otros playeros, continuó su paseo.

Otros recordarán con algo de deseo y de nostalgia los tiempos heroicos de las playas de Zipolite, en especial la llamada "Del amor", a la que se llegaba a través de un montículo de piedra. El camino desde el Distrito Federal hasta ese punto del país era un tanto difícil, sobre todo si se toma en cuenta que esto ocurría al principio de los años setenta del siglo pasado, lo cual significa un recuer-

14

EstePaís cultura



do prearqueológico. Las carreteras por las costas de Guerrero y de Oaxaca eran adecuadas, pero la desviación hacia Puerto Ángel y luego Zipolite era una tortura, algo así como tener a Ulises Ruiz de gobernador. El camino de terracería era impropio para automóviles y aun las mulas hubieran protestado. El hippismo estaba en boga y la desnudez de los cuerpos era habitual. Zipolite era un paraíso del tercer mundo. La belleza parecía multiplicada al observar a esbeltas europeas y estadounidenses que lejos de mostrarse con la frialdad de las estatuas tenían una actitud de exhibicionismo. Sus posturas para asolearse eran provocativas. Sus parejas estaban a la par y de pronto aquello era un manifiesto sexual. El oleaje, la suavidad de un trago de cerveza, el ronroneo de la arena caliente y la presencia cotidiana de los soldados, que hacían rondines a media tarde, aclaraban el panorama y sólo después continuaban las escaramuzas lúbricas. Por las noches se vendía caldo de caguama, que los lugareños colocaban en el rango de “afrodisíaco”. Tiempo después Zipolite quedó a merced de las hordas de capitalinos que trajeron inmensos radios, latas de atún, cáscaras de plátano, bolsas de pan bimbo y basura de todo tipo. Por supuesto que se construyó la carretera asfaltada y lo que era gozo se fue al pozo.

Las playas tienen ese magnetismo que conecta con la sexualidad, en ocasiones de modo lamentable. En Dakar, la capital de Senegal, en África Occidental, las playas eran agradables. Estaban repletas de turistas franceses y de prostitutas negras, algunas locales y otras importadas de Somalia, que se colocaban bikinis que de tan minúsculos casi desaparecían y dejaban entrever el inicio de sus pubis de vello ensortijado, así como traseros espectaculares. Coqueteaban y conseguían clientela entre aquellos arriesgados que desafiaban los males venéreos o los problemas

mayores del SIDA. Estas hetairas eran un adorno malsano de un país que trataba de sobrevivir en medio del neocolonialismo galo.

¿Qué decir de Mikonos, en las islas griegas? Las casas pintadas de blanco y el mar de un azul intenso. En Paradise y en Superparadise las divisiones estaban claras: una zona amplia estaba dedicada al público gay, que se entregaba a una suerte de toqueteo constante; más allá estaba la dedicada a los heterosexuales. En estos casos, el nado era parte de la refriega de eros. Sin lugar a dudas, ese punto del planeta llegó a convertirse en una incitación de los sentidos y una búsqueda frenética de la sexualidad. El ligue estaba a la orden del día. En barcazas llegaban regimientos de hombres y mujeres en busca de un encuentro que se prolongaría hasta la noche en la discoteca

Pirro, en donde se bailaban dos o tres piezas y lo demás era la búsqueda de un refugio para darle gusto a un cuerpo bronceado en la víspera y tibio por las insistencias del sol. Las inhibiciones estaban fuera de la orden del día. La desnudez era consentida bajo el cobijo de las miradas. Los concurrentes sabían a qué iban y las familias, aunque de pronto estaban incluidas, poco tenían que hacer ante ese flujo y reflujo de lúbricos convencidos de que Paradise y Superparadise eran el inicio de la promesa.

Otra playa repleta de deseo es la clásica de Río de Janeiro: Copacabana. Los bañistas cuidan sus anatomías con esmero; aun las embarazadas llevan orgullosas sus vientres hinchados; algunas, pocas en realidad, usan tanga. Las otras portan trajes de baño comunes y corrientes. Quedarse una hora bajo el techo de una sombrilla de playa para contemplar un desfile de mujeres y hombres desinhibidos

tiene su gratificación visual. Mucho ejercicio y otro tanto de bronceado hacen de lo inmediato un instante de privilegio.

En *El territorio del vacío: Occidente y la invención de la playa (1750-1840)* (Mondadori, Barcelona, 1993), de Alain Corbin, se hace una reconsideración de los escenarios marítimos, desde los preludios del fenómeno hasta su crisis. En una de las páginas se lee: “Con raras excepciones, la época clásica desconoce el encanto de las playas, la emoción del bañista que afronta las olas, los placeres de la estancia marítima. Un es-

trato de imágenes repulsivas impide la emergencia del anhelo de riberas”. El fenómeno playero es de reciente aparición, podría decirse que forma parte de los juegos y rejugos vacacionales. De

los trajes de baño que cubrían la mayor parte del cuerpo se pasó a los atrevimientos. Esto sin olvidar que el franquismo tuvo una actitud de mojigatería ante la exhibición de los cuerpos femeninos. En otras latitudes, en Marruecos, las mujeres apenas mojaban sus pies, en tanto que los varones hacían gala de narcisismo al vestir con unas diminutas trusas de baño.

La playa tiene los sellos del deseo y sus potencialidades están dadas por el encuentro de parejas en esa conjunción de sol y arena. En la actualidad se puede beber algo de alcohol y los sentidos se disparan. La conquista de la mayoría fue romper con las resistencias e instalarse frente al mar y conseguir los deleites del vuelo de las gaviotas, la intermitencia de la mirada y el encuentro con la vitalidad del deseo y de la existencia. ~

